

dejaba ver el rostro resplandeciente del rey del cielo, cuando tocaba el pecho de uno de los hijos de origen celestial.

“Aluch-Hassan era de este origen, y un día en que al abrazarnos nuestros dos senos palpitantes hacían uno solo, el retrato suspendido del mio, tocó al de Aluch-Hassan y se abrió. Mi amante se reconoció en las facciones de su padre: desde entónces se enorgulleció.

“Este fuè el principio de nuestras desgracias.

“Fuimos arrojados del paraíso: por mucho tiempo ignoré la suerte de Aluch-Hassan.

“Mi padre, que no había velado con bastante severidad mi conducta, fuè comprendido en mi desgracia. Arrojados del espacio, rodamos no sé por cuantas lunas, á voluntad de los torbellinos.

“Mi padre murió en el camino.

“No pudiendo detenerme en ninguna parte para erigirle una tumba, le enteré en mi cabeza.

“Este acto de piedad filial hizo que se atenuase la pena de mis faltas, y Allah me dió un esposo. Un esposo entre los genios de este lugar formidable llamado *Medrachim*, y que ha sido construido entre el cielo y la tierra por los genios para servir de prisión á Aluch-Hassan. Despues, para hacernos compurgar por donde habíamos pecado, Allah ordenó que habitando el mismo lugar y cerca el uno del otro, nos viéramos sin reconocernos, hasta el día en que encontrásemos una alma bastante compasiva que se apiadase de nuestras desgracias. Tú debes ser el hombre que posee esa alma, ó Sidi-Sliman! Pues que desde ayer, Aluch-Hassan y yo nos hemos reconocido”.....

.....

Ahí concluyó el cuento.

El autor de la *Recopilación de notas manuscritas*, de quien lo hemos tomado, agrega lo siguiente:

“Esta obra evidentemente está incompleta, y al mismo tiempo demasiado clara:

“*Aluch-Hassan*, es el *Máscara de fierro*.

“*Zara*, la hija de su primer gobernador.

“*Allah*, de quien el retrato revelaba el secreto de su nacimiento al *Máscara de fierro*, era Luis XIV.

“*Medrachim*, construido entre el cielo y la tierra para servir de prisión á Aluch-Hassan, es el fuerte de la isla de Santa-Margarita, edificado espresamente para él.

“El genio *Medrachim*, es el comandante *Saint-Mars*.

“El padre castigado por la falta de la hija, es el gobernador; ese noble borgoñon encargado de la educación del *Máscara de fierro*, encerrado con él y que murió en su prisión.

“En fin, *Sidi-Sliman*, parece ser el capitán de las puertas *Lecuyer*, á quien

todas las relaciones sobre aquel suceso, han presentado como al mas humano de los carceleros del *Máscara de fierro*, y que dicen hubiera sido víctima de su humanidad; pero á pesar de las pesquisas mas activas, nos ha sido imposible dar un desenlace verídico á esta pieza tan interesante y curiosa de la historia de aquel enigmático ser, conocido por el nombre de *El Máscara de fierro*.”

Mas dichosos que el colectivo recopilador de las *Recopilaciones de notas oficiales manuscritas*, nosotros podemos hoy darle desenlace.

Habiendo un día concurrido *Saint-Mars* con su esposa al convite que le hizo el prisionero de comer con él, en las oportunidades bastante frecuentes que en ellos había lugar, para hablar con libertad, hicieron salir á los sirvientes, y *Saint-Mars* fuè en persona á buscar los platos del servicio al vestíbulo; circunstancia que sea dicho de paso, ha dado motivo á que muchos cronistas crean que él mismo servía la mesa. La única distincion que hubo entre ellos en aquella comida, fuè que el *Máscara de fierro* ocupaba el solo sillón existente en aquella pieza, y *Saint-Mars* y su esposa se sentaron en taburetes en vez de los escafeles que ordinariamente servían para los otros visitantes cuando el prisionero les permitía tomar asiento.

Segun costumbre, la comida se sirvió en bajilla de plata y con profusion.

Madame *Saint-Mars* puso á un lado de sí el manuscrito de su cuento, el cual había dado ántes á leer á su marido, quien no tuvo nada que decir de él.

Despues de la comida debía hacerse la lectura, y cada uno de los tres convidados con bien diferente intencion, se prometían tener un rato de gozo: *Saint-Mars*, causando así una distraccion agradable á su prisionero: este con oír la prosa de Madame de *Saint-Mars*; y esta última con revelar al *Máscara de fierro* una página olvidada tal vez, tal vez llorada, de su vida.

Madame de *Saint-Mars* podría tener cuando esto pasaba, treinta y dos años.

Estaba en aquella edad en que la belleza de la muger se revela con un nuevo brillo cuando algun accidente ha apresurado ó detenido su desarrollo.

Bella por naturaleza, Madame de *Saint-Mars* veía su beldad revelada aún por un fondo de melancolia que se dejaba descubrir en su mirada, en su sonrisa, en el sonido de su voz y que inspiraba un interes verdadero.

Al verla, sentía uno á su pesar, algo que le arrastraba hácia aquella criatura bella y sufriente en apariencia, y aunque jamas había proferido una palabra que indicase padecimiento ni aun que padecía, un observador juicioso, habría comprendido sin trabajo, que el amor tenía en ella una víctima.

En efecto, al casarse con *Saint-Mars*, no hizo mas que seguir las órdenes de su padre. Esposa ya, jamas había amado á *Saint-Mars*; pero le había dejado creer que le amaba, y jamas hizo ni trató de hacer nada que le desengañase de su error.

Habiendo así cumplido con una especie de rigor sus deberes de hija y de esposa, se creyó esenta de las exigencias sociales y dueña única de su corazón,

había tratado de gozar, reviviendo sin cesar con el recuerdo, la página destrozada de los primeros años de su vida: sus amores con el discípulo de su padre.

Ellos eran la causa verdadera y profunda de la melancolía impresa en su semblante. Aquella especie de recuerdo de amor platónico con el cual se alimentaba sin tener ningún mal pensamiento, le dió naturalmente mas lucidez para descubrir su amor primero bajo aquella máscara de fierro que le robaba sus facciones, y naturalmente tambien debió hacerle desear ardientemente el que él le reconociese.

Ese era el todo de sus deseos. Corria tras una alegre esperanza del corazón y nada mas. Sus sentimientos, tanto religiosos como morales, destruian cualquiera otra idea, y su alma, pura siempre, era incapaz de alimentar mas que aquella.

Concluida la comida, el mismo Saint-Mars comprometió á su esposa para que comenzase la lectura de su manuscrito. Ella obedeció y comenzó á leer.

Su voz estaba visiblemente conmovida: al oirla, se hubiera dicho que un instinto misterioso la anunciaba que en aquel pliego comprometia su vida. A medida que adelantaba su lectura, se conmovia mas y mas, y cuando la concluyó, el tropel de emociones que ella despertó, la multitud de recuerdos comprimidos por tanto tiempo allá en los pliegues del corazón, la asaltaron tan bruscamente, que la hicieron desfallecer.

La emocion fué demasiado fuerte; su corazón no la resistió.

Cayó sobre su asiento y perdió el sentido.

Como al hacer Saint-Mars que su esposa tuviese el rostro cubierto, no había llevado un objeto determinado, al verla desmayada le quitó el lienzo que le cubria la cara para ayudarla á respirar, dejando así sus facciones descubiertas.

Al verlas el *Máscara de fierro*, á quien la lectura del cuento tenía en una gran perplegidad de ideas, y que solo había llegado á sospechar una parte de la verdad que él ocultaba con la alegoría, viendo descubiertas las facciones de Madame de Saint-Mars, sospecha la verdad toda entera, y no pudiendo dominar su emocion, esclama:

—¡Etiennette!...

Hubiera querido detener en su garganta aquella palabra; pero ya era demasiado tarde.

Saint-Mars se vuelve bruscamente hácia él, le mira, vé á su muger, y no dice una sola palabra; pero aquel movimiento nervioso que de ordinario daba á su fisonomía un aspecto que inspiraba aversion, le dió en aquel momento una expresion terrible.

Silencioso abre la puerta del vestíbulo, llama á sus criados, y hace llevar á Madame de Saint-Mars, que continuaba aún desvanecida.

El *Máscara de fierro* quedó solo.

Todo esto pasó en menos tiempo del que hemos empleado para contarlo.

El *Máscara de fierro* vió salir á Saint-Mars, sin presentir la tempestad que

había tratado de gozar, reviviendo sin cesar con el recuerdo, la página destrozada de los primeros años de su vida: sus amores con el discípulo de su padre. Ellos eran la causa verdadera y profunda de la melancolía impresa en su semblante. Aquella especie de recuerdo de amor platónico con el cual se alimentaba sin tener ningún mal pensamiento, le dió naturalmente mas lucidez para descubrir su amor primero bajo aquella máscara de fierro que le robaba sus facciones, y naturalmente tambien debió hacerle desear ardientemente el que él le reconociese.

Ese era el todo de sus deseos. Corria tras una alegre esperanza del corazón y nada mas. Sus sentimientos, tanto religiosos como morales, destruian cualquiera otra idea, y su alma, pura siempre, era incapaz de alimentar mas que aquella.

Concluida la comida, el mismo Saint-Mars comprometió á su esposa para que comenzase la lectura de su manuscrito. Ella obedeció y comenzó á leer.

Su voz estaba visiblemente conmovida: al oirla, se hubiera dicho que un instinto misterioso la anunciaba que en aquel pliego comprometia su vida. A medida que adelantaba su lectura, se conmovia mas y mas, y cuando la concluyó, el tropel de emociones que ella despertó, la multitud de recuerdos comprimidos por tanto tiempo allá en los pliegues del corazón, la asaltaron tan bruscamente, que la hicieron desfallecer.

La emocion fué demasiado fuerte; su corazón no la resistió.

Cayó sobre su asiento y perdió el sentido.

Como al hacer Saint-Mars que su esposa tuviese el rostro cubierto, no había llevado un objeto determinado, al verla desmayada le quitó el lienzo que le cubria la cara para ayudarla á respirar, dejando así sus facciones descubiertas.

Al verlas el *Máscara de fierro*, á quien la lectura del cuento tenía en una gran perplegidad de ideas, y que solo había llegado á sospechar una parte de la verdad que él ocultaba con la alegoría, viendo descubiertas las facciones de Madame de Saint-Mars, sospecha la verdad toda entera, y no pudiendo dominar su emocion, esclama:

—¡Etiennette!...

Hubiera querido detener en su garganta aquella palabra; pero ya era demasiado tarde.

Saint-Mars se vuelve bruscamente hácia él, le mira, vé á su muger, y no dice una sola palabra; pero aquel movimiento nervioso que de ordinario daba á su fisonomía un aspecto que inspiraba aversion, le dió en aquel momento una expresion terrible.

Silencioso abre la puerta del vestíbulo, llama á sus criados, y hace llevar á Madame de Saint-Mars, que continuaba aún desvanecida.

El *Máscara de fierro* quedó solo.

Todo esto pasó en menos tiempo del que hemos empleado para contarlo.

El *Máscara de fierro* vió salir á Saint-Mars, sin presentir la tempestad que



CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

su imprudente exclamacion habia desencadenado en su corazon vengativo, celoso y lleno de rencor.  
Con la mirada habia seguido el cuerpo inanimado de Madame de Saint-Mars que llevaban los criados, y su corazon se oprimió cual se oprime siempre que una gran desgracia va á sobrevenir.  
A pesar de vivir hacia largo tiempo sin esperanza, le pareció que con aquel suceso, acababa de perder una, y este sentimiento, nuevo enteramente para él, despues de tan larga cautividad, fué tan doloroso que cayó en su sillón desfallecido y con el corazon despedazado por el torbellino de ideas que le asaltaron.  
A ese estado de debilidad fisica, se siguió una agitacion moral febril.  
Se levanta, pasease á grandes pasos en su habitacion, sin ver que estaban allí los sirvientes que habian ayudado á trasportar á Madame de Saint-Mars: creyendo estar solo, y bajo la impresion de los sentimientos que despertara aquella escena imprevista, pensaba el desgraciado mas allá de lo que debia. Pero Saint-Mars, confiando á otros el cuidado de atender á su esposa, y conociendo que en aquel momento primo podia descubrir la continuacion del enigma del cual solo tenia la primera palabra, se habia ido á apostar en la hendedura practicada en el techo del aposento del *Máscara de fierro*, desde donde sus ojos seguian todos los movimientos del prisionero, y sus oidos recogian todas sus palabras.  
Lo que descubrió por este infame medio, nadie lo ha sabido jamas.  
Todo lo que le sugirió de peligroso su encargo de carcelero, ó su honor de marido, ó su imaginacion celosa y desconfiada, no se ha podido descubrir: el final de este drama ha quedado envuelto en el misterio, y el eco de las bóvedas del fuerte de Santa-Margarita, nunca repitió su pormenor.  
Solo se sabe que dicho fuerte tenia calabozos que en nada cedian en lo horroroso á los de otras prisiones de Estado y de los que aun la descripcion, es un insulto á la humanidad.  
"Abajo de cada bastion, dice Renneville (lugar citado) habia una sala techada rodeada de cosa de diez cuevas techadas tambien, de siete á ocho piés de largo, con una fuerte argolla de fierro cada una en la pared. La bóveda de la sala estaba sostenida al medio, por un grueso pilar del cual los cuatro costados presentaban otras tantas argollas de fierro, y allá en el medio de ella, se veia una estrecha abertura cerrada por una reja de fierro; por ella se hacia bajar el alimento destinado para las desgraciadas víctimas encadenadas en las pequeñas escavaciones al rededor de la sala.  
"Aquel cruel tirano (Saint-Mars), agrega en su estilo tribal pero enérgico, dejaba allí podrir sus prisioneros, sin paja, y sin una piedra donde pudiesen reposar su cabeza, haciéndolos acostar sobre el barro del suelo de los calabozos y la baba de los sapos y escuerzos, dándoles por todo alimento pan y agua, y no los sacaba de allí hasta que morian.  
"Los presos de aquellos calabozos presentaban la figura mas horrible: sus ojos casi salian de sus órbitas, las narices se les hinchaban hasta ponerse del ta-

los presos de aquellos calabozos presentaban la figura mas horrible: sus ojos casi salian de sus órbitas, las narices se les hinchaban hasta ponerse del ta-

maño de un pepino mediano; casi todos los dientes se les caían de escorbuto; la boca se les hinchaba y los huesos del cuerpo casi rompían la piel que les cubría.

Además de esos calabozos tan enérgicamente descritos, había otros que servían para dar tortura permanente á aquellos prisioneros á quienes se quería obligar á hacer una revelación sin someterlos á la tortura accidental y legal, usada por las justicias reales. Esos calabozos, ó por mejor decir, aquellas tumbas, estaban en el torreón.

Las había de dos clases: unas hechas en la pared al rededor de una gran pieza abovedada, situada en la plataforma de la torre, y construidas en forma de sepulcros. Para poner en ellas á las víctimas, se las hacía entrar por una de las estremidades cerrándola después con una reja de fierro que servía para renovar el aire. Por todo movimiento solo podía la víctima voltearse de un lado á otro, siendo imposible el sentarse ó pararse.

Las otras celdas se encontraban en los pisos inferiores, construidas en las rocas en forma de embudo. En la gerigonza del país las llamaban *embuches*. Se introducía en ellas á la víctima de tal modo que sus piés apretados contra una de las paredes del cuello del embudo que iba angostándose según bajaba, quedaban en gran parte sin apoyo, soportando solo aquella parte muy pequeña del pié que lo tenía, todo el peso del cuerpo.

El hombre más robusto no sufría veinticuatro horas sin morir en aquellos embudos de piedra: tal era de dolorosa la presión del cuerpo sobre sus piés, aprisionados en una cavidad tan estrecha: así es que jamás se tenía á la víctima en aquel martirio más que doce horas. En seguida la transportaban á las celdas de arriba ya descritas, pasándola así de una tumba donde solo podía estar de pié, á otra donde solo podía estar acostada.

Por un increíble refinamiento de barbarie, se daba de comer á la víctima cuando estaba en el embudo, donde los dolores eran intolerables, y de beber, cuando estaba en el sepulcro, donde la posición horizontal forzada en que se encontraba, le hacía doloroso el apaciguar la sed.

Así pues, un día del frío Diciembre, en que el cierzo se colaba glacial por las troneras del torreón, se oyó del fondo de uno de aquellos embudos, una voz que doliente gritaba:

—Dios mío! tengo hambre! tengo sed! tengo frío! ¿He de quedar aún por mucho tiempo en este infierno? Me encuentro siempre listo para morir, y la muerte nunca viene!.... Si mido mi vida por mis tormentos, es demasiado larga!.... Qué pueden decir los suspiros, los gemidos que doy.... y las lágrimas que he derramado!.... Oh mi Dios! cuéntalos desde el cielo, y perdona á mi verdugo.... Oh! tengo frío! cuán feliz sería tan solo con tener, aunque de lejos, una lumbre que me calentase!

Y aquella voz que se espesaba tan doliente, daba después gritos horribles arrancados por el frío, la soledad, la oscuridad y el hambre. Noche y día en contacto con la piedra húmeda y glacial del calabozo ó sepulcro, y no teniendo

otra cosa con que cubrirse, que su cabellera espesa é inculta, y un cobertor de lana hecho pedazos; aquella desgraciada, pues, era una mujer, no pudiendo agacharse, ó recoger sus miembros arrecidos, se retorcia, sin poder entrar en calor.

Aquel era el suplicio de una condenada, con sus dolores y rugidos, sus agonías y rechinar de dientes: solo faltaba la presencia del diablo que daba el tormento, cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros; pero las probabilidades son, de que aquel diablo era Saint-Mars, y la víctima su mujer.

Sea de esto lo que sea, un día, aquella voz dolorosa no dió quejido ninguno, y en la media noche del mismo, dos hombres atravesaron el jardín del fuerte, escogiendo las calles más sombrías, y en las que los árboles eran más espesos, á fin de evitar las miradas de los centinelas que velaban de lo alto de las torres. Aquellos dos hombres caminaban silenciosos por entre el ramaje, los naranjos y los limoneros, que con el tibio aliento de la noche, enviaban sus más suaves y dulces aromas. El uno iba por delante llevando una linterna sorda; el otro le seguía, cargando en sus espaldas el cadáver de una mujer.

El primero era Saint-Mars: el otro, uno de sus criados.

La noche estaba silenciosa; la luna brillaba con todo su esplendor; así es, que no es fácil esplicar por qué Saint-Mars llevaba aquella linterna; pero un curioso que hubiese espionado la lúgubre escena, no habría tardado en esplicarse esa circunstancia de un modo satisfactorio.

Saint-Mars y su criado llegaron hasta la estremidad del jardín, sin haberse dicho una sola palabra. Allí se detuvieron un instante, hasta llegar al lugar llamado los *cubilettes* (calabozos), y del que aún enseñan vestigios los habitantes de la isla. Era un montecillo lleno de rocas; en una de ellas había una pequeña abertura cerrada por una puerta sujeta con atravesañes de fierro.

El mismo Saint-Mars quita los atravesañes de sus muescas; se abre la puerta, y deja ver una especie de pozos escavados diagonalmente, y á los cuales se bajaba por pequeños escalones de piedra, en los que apenas cabía el pié.

Saint-Mars caminaba por delante con su linterna, y alumbraba al criado el camino. Cargado este con su fardo, descendía vacilante por aquellos angostos escalones, donde un paso dado en falso, podía precipitarle al abismo.

—Camina!—le dice Saint-Mars con un tono brusco y brutal.

—Diablo! mi comandante,—replica el criado,—aquí no puede uno ver adónde va por este camino.

—El perillan tiene razón!—dijo Saint-Mars entre dientes.

Y volteó su linterna para alumbrarle.

Así llegaron á una especie de plataforma natural, cima de una roca, al pié de la cual, la mar había formado un abismo, en el que iban á estrellarse sus olas con furor, cual si quisiesen agrandarle. Todo lo que caía en aquel golfo sin fondo, no volvía á salir jamás.

A una señal de Saint-Mars, el criado balanceó dos ó tres veces el cadáver que llevaba, y lo arrojó al abismo; pero en tanto que tomaba aliento, en razón

del esfuerzo que habia hecho para desembarazarse de su carga, Saint-Mars le empujó con rudeza, y la misma ola que hiciera desaparecer al cadáver, se tragó à aquel que le habia llevado.

Saint-Mars maquinalmente agachó la cabeza, y vió hâcia el golfo, cual si hubiera querido asegurarse de que guardaba bien el regalo que acababa de enviarse, y no escuchando otra cosa que el rugido del mar, subió la escalera por donde habia bajado, diciendo:

—Con este medio, mi secreto será un secreto.

En el prócsimo día se hizo correr la voz en el fuerte, de que Madame de Saint-Mars, que habia marchado à los baños de Aix à curarse, habia muerto despues de una corta enfermedad.

Saint-Mars se vistió de luto. En cuanto al criado, nadie trató de saber de él, pues todos estaban acostumbrados à aquellas desapariciones, y sabian ademas, que era peligroso el ser indiscreto ó curioso; así es, que en aquella prision de Estado, todos tenian por regla invariable para normar su conducta, el no ser ni lo uno, ni lo otro.

¿Cuál fué el móvil que hizo à Saint-Mars tener tan impía conducta para con su esposa? Nadie lo ha sabido jamás!

Siendo un marido zeloso, se ecsageraria las ligeras torpezas de aquella desgraciada? Carcelero sin piedad, quiso sin duda ejecutar à la letra, aun para con su muger, à quien amaba, las órdenes que le diera Luis XIV? Temió acaso por su honor? Temió por la seguridad de su prisionero?

El motivo es hasta ahora un secreto impenetrable, rodeado del misterio y la iniquidad; la historia ha podido recoger de aquí y de allí algunos hechos, sin haber tenido la suerte de encontrar la razon de ellos.

El lector no debe admirarse del misterio en que han quedado envueltos todos los sucesos que, sea de cerca ó de léjos, tienen relacion con el *Máscara de fierro*. Se les ha podido conocer por el resultado, poco mas ó ménos verídico que dà la historia; pero los detalles deben haber faltado siempre.

Eso se concibe.

Era tal el régimen de espionage y de inquisicion establecido en Santa Margarita, que todo lo que tenia relacion con el misterioso prisionero, se encerraba forzosamente en Saint-Mars, y no era él quien lo habia de revelar.

Nadie podia hablar al *Máscara de fierro*, si no era en casos especificados, y bajo precauciones arregladas minuciosamente de antemano.

Por ejemplo, el capellan que estaba à su servicio, no podia hablarle mas que cuatro veces al año, en las cuatro grandes fiestas destinadas à oír su confesion: miéntras esta se hacia, los criados se quedaban en el cuarto, y Saint-Mars se ponía à la abertura del techo, desde donde atisbaba los movimientos del confesor y del penitente.

El médico pedido por el prisionero en caso de enfermedad, solo visitaba al paciente en presencia del gobernador, y aun así, solo le era permitido hablarle



CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

respecto de su enfermedad: para poder basar sus recetas, podia tomarle el pulso y verle la lengua, pero le estaba prohibido el que viese alguna otra parte de la cara.

El mayor Rosarges y los otros oficiales que algunas veces comian con el prisionero, solo podian hacerlo, estando el gobernador con ellos, y sin este requisito, les estaba prohibido bajo pena de muerte, el dirigirle la palabra y responder á sus preguntas.

En cuanto á los criados que le cuidaban de noche y de dia, lo eran ordinariamente, ó condenados á muerte que compraban la gracia de la vida conmutando la pena con una prision perpetua, ó personas que mediante una recompensa, de la cual su familia solo gozaba, se resignaban á llevar aquella vida. Ademas, esos criados, como ya lo hemos dicho, eran renovados muy amenudo, y bastantes secretos se habian ya sepultado en el golfo del olvido.

Sentado este principio, es fácil comprender por qué en el episodio de la muerte de Madame Saint-Mars hemos podido hacer constar el desenlace y no los detalles anteriores á él.

Lo mismo sucede respecto á la muerte del capitán Lecuyer, que Renneville nos ha pintado como el único que en aquella prision de Estado tenia humanidad y *un poco de temor de Dios*, y cuya muerte violenta tuvo lugar en aquella misma época.

Lo único que hemos podido descubrir despues de activas indagaciones, es lo siguiente:

Durante los últimos instantes de la agonía de Madame de Saint-Mars, que estaba encerrada en uno de los sepulcros de piedra de que ya hemos hecho mencion, el capitán Lecuyer, encargado por Saint-Mars de llevar á la víctima el pan y el agua que se le daba por alimento, y que servia para aumentar sus padecimientos, se mostró apiadado de su gran agonía.

Todo ser que sufre, tiene una perspicacia increíble de instinto, para conocer los buenos ó malos sentimientos en las facciones de los que se le acercan.

Lo que en circunstancias normales es para cualquiera otro un secreto del alma, se revela evidentemente al desgraciado por algo que es imperceptible é inapreciable para el primero.

Se diria que por medio de aquel aumento de percepcion, la naturaleza trata de vengarse de la humanidad.

Así es, que luego que por entre aquel aire brutal y de verdugo que el capitán Lecuyer habia adquirido en el ejercicio de las funciones que desempeñaba hacia mas de veinte años, Madame de Saint-Mars leyó un sentimiento de conmiseracion, tuvo confianza en él, sin embargo de que como resultado de la horrible tortura que habia sufrido, veia aprocsimarse poco á poco la muerte. Un dia, eran sus dientes los que cariados repentinamente por la inflamacion pútrida, se le caían cual caen las hojas del árbol que los frios y las neblinas precoces del otoño aceleran su caída. Otro dia, era á sus bellos cabellos á

los que despues de tantos sufrimientos, la vida comenzaba á faltar, y cafan de por sí, como cual si quisiesen preceder à la tumba á aquella de quien en mejores dias habian aumentado la belleza.

Desde que aquella desgraciada se sintió prócsima á morir, habia tomado una de las mejores guedejas que le quedaban, y presentándola à Lecuyer, le dijo:

—Dentro de algunas horas, habré dejado de ecsistir: poned en manos del prisionero del torreón estos cabellos: es una moribunda quien os lo pide, ejecutadlo!

Lecuyer prometió cumplirlo, y llevó al cabo su promesa.

Desde aquí empiezan á faltar los detalles respecto à él, y es de sentirse que su falta no nos deje conocer el desenlace de un hecho tan interesante.

Si fuésemos historiadores ménos rigurosos, nos habria sido fácil cubrir esos claros; representar al capitán en el acto de entregar la guedeja de cabellos al *Máscara de fierro*, la emocion, la cólera, la desesperacion de éste al anuncio de las torturas de su desgraciada amiga, cuya suerte todo hace creer fué ignorada por él. Hubiéramos podido mostrar à Saint-Mars con su mirada fija, el oído pegado à la abertura del techo de la prision, viendo todo, oyendo todo, y dando à Lecuyer por escolta en la tumba à Madame de Saint-Mars. Tal vez en algunos puntos habriamos dicho lo cierto de los sucesos; pero podriamos tambien habernos espuesto à hacer una novela, cuando en el drama misterioso de el *Máscara de fierro*, solo hemos querido clasificar los hechos rigurosamente históricos.

Pero hé aquí todo lo que hemos podido recoger de cierto sobre ese episodio.

Tanto en el interior, como fuera del torreón habitado por el *Máscara de fierro*, reinaba habitualmente el mas profundo silencio.

Por un refinamiento de barbarie, Saint-Mars habia querido que en todo tiempo y en cuanto fuese posible, la ecsistencia pasase para el prisionero como una imàgen anticipada de la tumba.

Pero un dia, aquel lúgubre silencio fué interrumpido por un ruido inusitado.

En los pisos superiores se oían pasos, que ya lentos, ya precipitados, iban y venian. De repente, un martilleo sordo revelaba que alguno trataba de practicar una abertura en el muro; de repente, un pedazo de palo llevado à fuerza de brazo, era levantado por poleas cuyo rechinado mezclado al ruido que producía el roce de un cuerpo pesado sobre el suelo, se dejaba oír: de repente, en fin, el martilleo sobre clavos que se clavaban, y el ruido de cuerdas que tendidas, se conocia hacian fuerza, revelaba que en alguna parte exterior se ponía ó sujetaban fuertes pedazos de madera. Luego, las sombras de algunos trabajadores suspendidos en vacilantes escalas ó en cuerdas anudadas, de vez en cuando interceptaban la débil claridad que entraba por la ventana del cuarto del prisionero. Despues, las sombras desaparecieron.

El ruido de los martillos y el rechinado de las poleas cesó, y el *Máscara de*

*fierro* no volvió à ver por su ventana mas que una cuerda flotante, terminando en un nudo corredizo que parecia destinada à algo de terrible.

La noche llega: era una noche tempestuosa en que el huracán bramaba. El viento soplaba con furia, la mar mugía, y sus olas espumosas y embravecidas, se estrellaban contra las rocas, haciendo un horroroso estrépito. Torrentes de agua y granizo cortaban verticalmente el aire. Era horrible aquella noche de tempestad y de caos, tan presto negra, tan presto alumbrada por la luz del relámpago, à orillas del mar, cuyas aguas reflejaban alternativamente, lívidos fuegos y una oscuridad profunda, cual si en tumulto rodasen en ellas, unidos los relámpagos y las tinieblas. El fuego se confundía con el agua, el aire con el fuego, la luz, las tinieblas, el viento, la lluvia, el granizo con todo. Rasgado por millares de truenos, el firmamento se abría veinte veces por segundo, y cada vez dejaba ver una boca inmensa de fuego que parecia querer tragarse la tierra.

Al ruido de aquel terrible conflicto de los elementos, el *Máscara de fierro* habia dejado su lecho, y con la cabeza pegada à las barras de la reja de la ventana, contemplaba aquella tempestad del cielo que por su horroroso estrépito, respondía à la tempestad de su alma.

La gran voz del trueno, del viento, y del mar, cuyos acentos impetuosos se mezclaban con un furor indecible, eran gratos à aquella alma condenada à la soledad y al silencio, le ecsaltaban y hacian vibrar fibras desconocidas hasta entónces.

Al lado de aquello, los hombres le parecian pequeños: veía la mano de la voluntad de Dios, y esa idea religiosa le trasportaba à otro mundo donde se juzgaban las iniquidades humanas: su suerte le parecia ménos triste y encontraba que la víctima tenia ménos de que quejarse que el verdugo.

En esa parte de sus reflexiones se encontraba, cuando sobre su cabeza, y en la plataforma del torreón, se renovó el ruido que oyera en el dia, con la diferencia de que, en vez de ser hecho por el martilleo y el rechinar de las poleas, lo era por un pataleo precipitado y tenaceo de hierro.

Toda su atencion se fijó, pues, sobre aquel punto.

La cuerda que por intervalos flotaba sobre las barras de su ventana, fué subida; el pataleo de arriba se hizo mas vivo; un redoble de tambor se mezcló al ruido de la tempestad, y la cuerda que antes flotara con soltura delante de su ventana se estendió derrepente despues de haber hecho rechinar una argolla de fierro y las vigas, con una horca puesta en la plataforma del torreón à ciento treinta pies de la tierra.

Un cuerpo opaco pareció fijarse delante de la ventana.

La oscuridad era tan profunda, que el prisionero no pudo en los primeros instantes distinguir nada; pero à la luz de un relámpago brillante, reconoció al capitán Lecuyer, que acababa de luchar con las últimas convulsiones de la muerte, rodeado el pescuezo con el nudo corredizo de la cuerda.

Horrorizado el *Máscara de hierro*, se arrojó á su cama; pero durante toda la noche, sus miradas estuvieron clavadas en la ventana, y á la luz de cada relámpago, pudo ver la sombra del ahorcado que iba, se agrandaba, penetraba en su cuarto y casi hasta su lecho.

Al otro día, la tempestad había pasado; pero el viento soplaba fresco haciendo balancear la cuerda, y la misma sombra pasaba y repasaba lentamente delante de las vidrieras empañadas.

En los días siguientes, una multitud de cuervos hicieron su pasto el cadáver; así es, que el *Máscara de hierro* tuvo aquel espectáculo á su vista, basta que fué enteramente devorado. Cuando quedó hecho un esqueleto, que se movía á merced del viento, pudo oír en la noche y en el día el ruido que hacían sus huesos al chocar contra el enrejado de la ventana.

He aquí lo que imaginó Saint-Mars para que su prisionero tuviese siempre presente la suerte reservada á aquellos que trataba de ganarse.

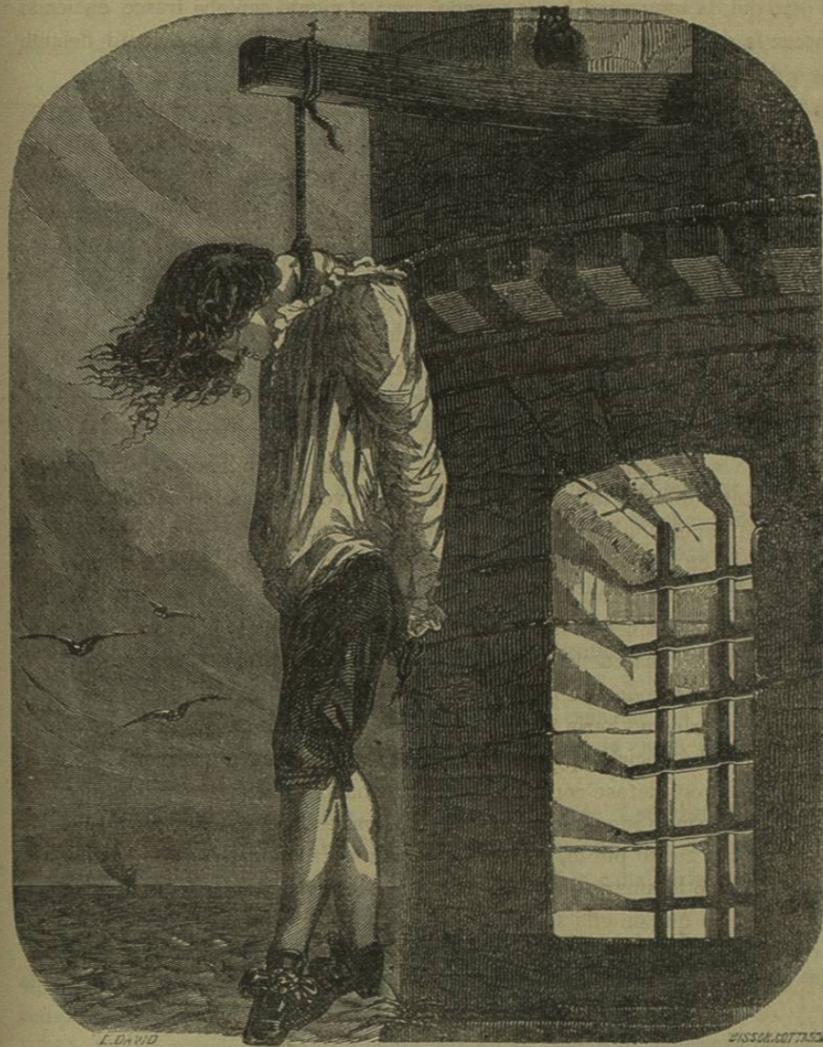
Ese refinamiento de barbarie estaba calculado. Aquel desdichado no estaba como lo están todos aquellos sometidos á terribles pruebas, gastado por la desgracia: al contrario, su alma amante y sensible por naturaleza, parecía, hasta cierto punto, dispuesta á todo aquello que, con una palabra, con un gesto, con una mirada, respondiese á aquel amor, á aquella sensibilidad.

Al verse tan solitario, tan abandonado, tan irrevocablemente ligado á aquella fatalidad que le perseguía sin tener esperanza de escapar de ella, se creía dichoso si podía leer en el alma de los otros el más mínimo sentimiento de conmiseración por su gran infortunio.

El viso de ese pensamiento oculto, no había escapado á la perspicacia de Saint-Mars, y en consecuencia, se dedicó á hacerle comprender que entre él y los demás hombres, todos los lazos estaban rotos, de tal modo, que aquel que tratase de anudarlos no haría más que buscar una muerte prematura.

Esto era igual á decirle, que se considerase completamente muerto para el mundo; que se considerase como una sombra condenada á pasar algunos días llena de todas las penas que pueden aquejar el alma, extraña á todos los goces del corazón, y hasta cierto punto, destinada por fatalidad á beber exclusivamente toda la hiel, todo lo amargo de la vida, sin poder jamás aproximarse á sus labios las gotas de miel que en ella se suelen encontrar.

Y ya está visto que por medio de las torturas esencialmente morales, se le hacía expiar á aquel desdichado, el crimen de haber nacido hijo y hermano de un rey.



CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.